

17.







Pío X y Santa Teresa



Pío X y Santa Teresa

Pío X y Sta. Teresa

POR EL

P. Casimiro de la V. del Carmen,
Carmelita Descalzo.

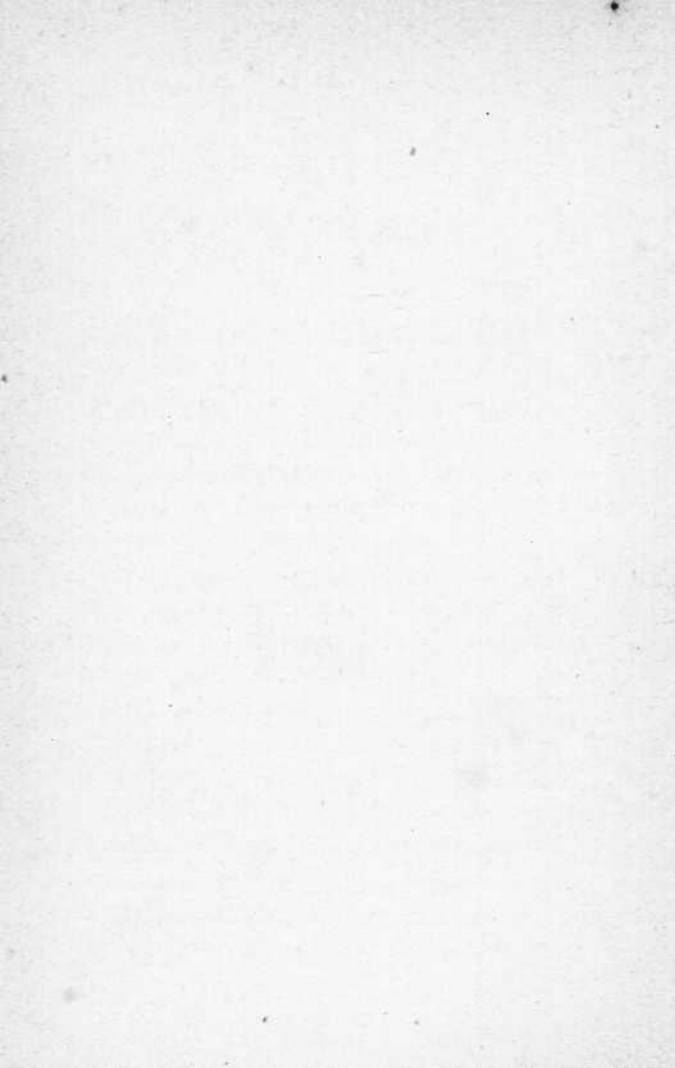
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



BURGOS

TIPOGRAFIA DE «EL MONTE CARMELO»

1914



A GUISA DE PRÓLOGO

El mundo, cuyo espíritu se opone diametralmente al espíritu de Jesucristo, es fácil en deificar a sus héroes, en lo cual está de acuerdo con la Iglesia de Dios, que glorifica eternamente a sus hijos predilectos.

Pero ¡cuán grande es la diferencia que existe entre la apoteosis mundana y el nimbo de gloria inmortal con que la Iglesia ciñe las sienes de los santos! El siglo diviniza el valor, el talento, el genio, y a las veces los vicios más repugnantes; pero la Iglesia, sin menospreciar los dones naturales del Criador, tan sólo glorifica el bien, la santidad, los claros hechos, las heroicas virtudes.

Cuando el mundo quiere ensalzar a los suyos y para ello decreta en su

favor los honores de la inmortalidad, la mayor honra que les hace es levantar una estatua a su memoria, con lo cual cree eternizarlos con gloria perpetua. Mas ¡qué gloria tan vana! Como esos simulacros no hablan al corazón de la humanidad, con el rodar de los siglos se empequeñece su figura, su gloria se disipa y pasan a su lado las generaciones sin que apenas haya quien les dirija una mirada tan fría como la materia de que están compuestos. ¿Y esto por qué? Porque no representan más que la vanidad, la imperfección, lo caduco y perecedero, y los hombres no pueden persuadirse de que el prototipo de esos ídolos traspasa los linderos de la ficción, de la debilidad, del polvo y de la nada.

¡Cuán otra es la gloria de los héroes del Cristianismo! Desde el momento en que la Iglesia como legataria y en nombre de Dios, escribe el nombre de alguno en el catálogo de

los santos, su figura se agiganta, en todas partes se construyen iglesias y se labran estatuas a su memoria, los buenos le erigen un altar en su corazón, estudian su vida, procuran imitar sus virtudes y ponen gran confianza en el poder de su intercesión para con Dios. ¿Y esto por qué? Porque fueron imágenes vivientes del Señor, Rey inmortal de los siglos, porque fueron personificación viva de la caridad, de la virtud y del bien, porque su gloria se funda en los eternos pilares de la justicia y de la verdad, porque sus ejemplos nos conmueven, su doctrina nos instruye, sus oraciones nos ayudan y sus virtudes son el resplandor perpetuo de aquellos atributos divinos, cuya imitación nos santifica y cuya vista y adoración nos ha de beatificar eternamente en el cielo.

Una prueba palmaria de la verdad de esta doctrina la tenemos en la Seráfica Reformadora del Carmelo, que

ocupa un lugar preeminente, ya que no la primacía, entre los santos más gloriosos. Su nombre va unido al de Jesús, pues la honra de Jesús es la honra de Teresa y, la honra de Teresa es la honra de Jesús; por eso su gloria llena el mundo entero y su nombre se pronuncia en todas las lenguas con amor y admiración. Su santidad, su carácter, sus escritos y la obra colosal que llevó a cabo, la han conquistado todos los corazones, y hasta el impío se inclina ante ella con reverencia.

Así, no es de extrañar que al llegar la fecha del tercer Centenario de su Beatificación, la cual casi siempre pasa desapercibida, haya circulado por todo el mundo cristiano una corriente de fervor y entusiasmo, y se haya celebrado en todas partes con piadosos regocijos su gloriosísima memoria. El ilustre y santo Pontífice que entonces iluminaba los espíritus y enardecía los corazones con los efluvios de su celo

abrasador, contribuyó eficazmente a este movimiento teresiano, dirigiéndose a los fieles desde lo más alto del Vaticano con la admirable y nunca bien ponderada Carta, que ofrecemos a nuestros suscritores, precedida de una sucinta biografía del inmortal y gran Papa Pío X.





Un Pontífice ilustre

La familia Sarto.

En uno de los pliegues del manto de esmeralda que cubre la campiña de Venecia, escóndese humilde y gracioso el pequeño Riese, pueblo afortunado que meció la cuna de uno de los Papas que más dignamente ciñeran la tiara pontificia. En este encantador pueblecillo, uno de los más pintorescos de la provincia, se establecieron en el siglo XVIII varios miembros de la virtuosa cuanto modesta familia de los Sarto; oriunda de la villa Estense, provincia de Padua. En el mismo nació en 26 de Mayo de 1792 Juan Bautista Sarto, que casó el

13 de Febrero de 1833 con Margarita Sansón, nacida en 1813, cuyo primer fruto fué José Melchor Sarto, futuro Pontífice romano, al que siguieron otros siete hijos, todos los cuales han sido siempre modelo de virtud y laboriosidad. La partida de bautismo de José dice así: «El 2 de Junio de 1835 nació y ha sido bautizado el día 3 del mismo, por mí, Pellizzari, capellán, Sarto José-Melchor, hijo legítimo de Sansón Margarita, habitante con su marido, y de Sarto Juan Bautista, domiciliados en el número 30, casados en Riese el 13 de Febrero de 1833, ambos propietarios». Una pobre casita, en la que nació José, junto con una pequeña heredad, bastó para que los progenitores del futuro Pontífice figurasen como propietarios en el documento transcrito.

Il Corriere della Sera oyó de labios del hermano de Pío X el siguiente relato sobre su familia: «Hemos sido ocho hermanos, dos varones y seis

hembras. Todos nacimos en Riese, villa situada en el camino de Ascolo. De mis seis hermanas casaron dos en Riese y dos en Salzano, y las otras dos permanecieron solteras y vivieron con el cardenal Sarto hasta que fué elegido Papa». Angel Sarto, que así se llamaba el hermano de José, ingresó y sirvió durante largos años en el Cuerpo de Carabinieri, especie de guardia civil italiana, obteniendo como recompensa de sus servicios un empleo subalterno en Correos y la administración postal de Custanone. El padre de esta piadosa familia fué un cristiano práctico y católico ferviente, que en los ratos de asueto se ocupaba en inculcar a sus pequeñuelos las primeras nociones de la fe cristiana. Cuando la muerte le arrebató del lado de su familia, en 4 de Mayo de 1852, su esposa quedó en muy difícil situación, viéndose rodeada de ocho hijos, el mayor de los cuales tan sólo contaba diecisiete años

de edad, y a la sazón cursaba Filosofía en el Seminario de Padua. Aquella madre modelo, con el favor divino y a costa de muchos trabajos sacó adelante su casa, sin menoscabo de la vocación de su primogénito, en premio de lo cual el Señor le deparó grandes consuelos, como fué el de asistir el 12 de Junio de 1893 al Consistorio en que su hijo fué creado Cardenal, cosa bien rara en una madre. El día 2 de Febrero del siguiente año falleció la virtuosa señora, siendo depositados sus restos en una sencilla tumba del cementerio de Riese, en la cual se lee la siguiente inscripción: «Margarita Sansón fué una esposa ejemplar, una mujer sin reproches, una madre incomparable. El 4 de Mayo de 1852 perdió a su marido, Juan Bautista Sarto. Dolorida e intrépida, resignada y valerosa, educó a sus hijos en la piedad. A su muerte recibió la justa corona, merecida por una

vida de trabajo y de sacrificios. ¡Pedid a Dios el reposo eterno!»

Primeros destellos de
una gran lumbrera.

En una de las dos escuelas que había en su pueblo natal aprendió *Bepi* (diminutivo cariñoso de *Guiseppe*, José) como le llamaba con ternura su cariñosa madre, los rudimentos elementales de la primera enseñanza, distinguiéndose desde luego entre sus condiscípulos por su aplicación, inteligencia y lo despejado de su espíritu. A la edad de once años le enviaron sus padres a la villa de Castelfranco de Venecia, en donde existía a la sazón un colegio que en la actualidad es una escuela de instrucción primaria. El colegio distaba del pueblo del pequeño Sarto siete kilómetros, los cuales anduvo durante cuatro años dos veces cada día, sin que le arredra-

sen ni el frío, ni la lluvia, ni el sol. En todo este tiempo no dejó de asistir más que una sola vez, y ésta sin culpa ninguna de su parte. En el verano hacía la caminata descalzo y con los zapatos al hombro, calzándose al entrar en el pueblo, y en el invierno caminaba con sus chanclos. En una mano llevaba los libros y en la otra una cazuelita de polenta (puches de harina de maíz) que era su único alimento en Castelfranco. ¡Cualquiera hubiera adivinado que a los pies de aquel pobrecito joven habían de arrastrarse, andando el tiempo, las púrpuras de los Cardenales y los cetros de los Reyes! ¡Oh Religión divina que así encumbras a los humildes!

En las Pascuas de 1846 fué admitido a la primera Comunión, y entonces fué cuando el celoso arcipreste Sr. Fusarini, que había observado atentamente la piedad sólida, la mansedumbre de carácter y los talentos excepcionales del joven José Melchor,

persuadió a su padre que, sin pararse en sacrificios, le permitiera emprender la carrera eclesiástica. Obtenido su consentimiento, comenzó a darle gratuitamente lecciones particulares de latín, y pasado un año ingresó en el Seminario de Padua, vistiendo la sotana el 19 de Septiembre de 1850.

Dejemos la palabra a Angel Sarto, que esboza la vida de estudiante de nuestro simpático *Bepi* en la siguiente forma: «Mi hermano José, era activo, ordenado y estudioso. En la escuela del pueblo ganaba siempre los primeros premios. Hechos los estudios elementales, mi padre nos envió a Castelfranco, y mi hermano se mostró tan aplicado que el arcipreste Fusarini se dispuso a enseñarle latín, y tres años después le entregaron el diploma con el calificativo de *eminentísimo*. El arcipreste Fusarini fué nuestra providencia, pues él consiguió que mi hermano José ingresara en el Seminario de Padua, en 1850, donde pudo completar sus estudios».

Espejo de Seminaristas.

Quince años de edad tenía José Sarto cuando se alistó en la milicia eclesiástica, resplandeciendo bien pronto entre sus compañeros de estudio por su amor al reglamento, su constancia en el estudio, su humildad, obediencia y caridad, y una gran mortificación interior y dominio de sí mismo; virtudes que le granjearon bien pronto el amor de sus profesores y el afecto de sus condiscípulos. No es, pues, de extrañar que en los exámenes del primer curso le diesen la siguiente calificación: «Disciplinae: *Nemini secundus*. Ingenii: *Maximi*. Memoriae: *Summae*»; calificación que revela, mejor que cuanto podríamos decir sobre la materia, las excepcionales dotes morales e intelectuales de que se hallaba adornado.

A la muerte de su padre fué agraciado con una beca gratuita, merced

a la cual pudo continuar sus estudios. A medida que adelantaba en la carrera eclesiástica se distinguía más y más por la penetración de su espíritu, su asiduidad en el trabajo y su vida verdaderamente piadosa y ejemplar. En el primero y en el segundo curso de Filosofía ganó el premio de honor, en los siguientes se puso a la cabeza de los 39 alumnos de su clase, con mención especial, y al finalizar los cursos filosóficos obtuvo las siguientes notas, que figuran aún en el cuadro de honor del *Convitto* de Padua: «Primero de su clase y de su división. *En religión*: eminente; se ha distinguido por la atención dedicada a todas las ramas de esta enseñanza; *en filosofía*: muy bien; se ha hecho notar como pensador; ha adquirido de un modo superior las materias del curso; ciencia profunda y extensa; *en lengua italiana*: excelente facilidad para interpretar los clásicos; estilo correcto; conocimiento profundo de la Litera-

tura; *en lengua latina*: interpreta con claridad y traduce con finura y elegancia; *en lengua griega*: distinguido; conoce a fondo la gramática; muy preciso en sus traducciones y explicaciones; *en geografía e historia*: eminente; extensos y preciosos conocimientos de historia moderna; muy buen cronólogo; *en matemáticas*: notablemente apto para el estudio de estas ciencias; facilidad asombrosa para resolver los problemas de álgebra y geometría; *en física y ciencias naturales*: se ha hecho notar por la claridad de las ideas y la precisión de sus conocimientos en las soluciones matemáticas». En las aulas teológicas se distinguió más aún que en la filosofía, obteniendo siempre las primeras notas y los honores y juicios más gloriosos y lisonjeros.

El hombre de Dios.

Terminada la carrera con tanta brillantez y lucimiento, fué ordenado de Presbítero, con la debida dispensa, el 18 de Septiembre de 1858, cuando sólo contaba veintitrés años, celebrando su primera misa en la Colegiata de Castelfranco. Dos meses después fué enviado de capellán a Tómbolo, de donde fué trasladado pasados nueve años a la parroquia de Salzano, dando en ambos pueblos ejemplos heroicos de virtud sacerdotal, que le merecieron el glorioso dictado de *hombre de Dios*, y el mejor de los sacerdotes. Era Tómbolo una parroquia muy cristiana, pero compuesta de pobrísimos labradores, por lo cual eran tan exiguos los honorarios que percibía, que, como decía su hermano Angel, «se hubiera muerto de hambre a no tener otra cosa». Otro espíritu menos humilde que el suyo

se habría creído postergado y víctima de una injusticia al ser nombrado para un cargo que parecía desdecir de una carrera tan brillante como la suya; pero él jamás desplegó los labios para quejarse ni murmurar de su suerte adversa.

Para adquirir medios con qué satisfacer las exigencias de su caridad y ayudar a su familia, se dedicó a dar clases a varios niños y ejercitar la predicación. Como estaba dotado de natural elocuencia, excelente memoria, clara inteligencia y rara facilidad de asimilación, pronto se distinguió en el púlpito, saliendo un muy aventajado predicador. A los principios pagó tributo al defecto en que suelen incurrir los oradores noveles, floreando más de lo conveniente, pero, gracias a la inflexible censura de su párroco, el anciano e ilustrado señor Constantini, a quien sometía todos sus sermones, y que con frecuencia le obligaba a rehacerlos por completo,

pronto se vió libre de este vicio, que tantos predicadores malogra. Nueve años llevaba en Tómbolo el «capellán de los capellanes», como era denominado entre sus compañeros, cuando fué trasladado a la parroquia de Salzano, en la cual obtuvo ópimos frutos con sus incomparables y sustanciosas catequesis, que atraían a gran número de fieles de toda la comarca, por las cuales fué llamado el «Párroco del Catecismo». Era tal la afluencia de fieles que acudía los domingos a sus *dialogos catequísticos*, que siendo incapaz la iglesia de contener tanta gente, veíase precisado a dirigirse a la campiña, seguido de aquella muchedumbre, como en otro tiempo el divino Maestro, y allí, con el hermoso cielo italiano por dosel y al aire perfumado como el de Judea, enseñaba en parábolas a las turbas las sublimes verdades contenidas en el Catecismo. ¡Sublime y emocionante espectáculo, que presenciarían con gozo los ángeles del cielo!

Padre de los pobres.

Imposible recoger en una breve noticia biográfica todos los rasgos de celo apostólico que enaltecen el ministerio parroquial de D. Giuseppe Sarto, por lo cual nos fijaremos tan sólo en algunos de aquellos que están más directamente relacionados con su virtud favorita, que lo es de todos los santos: la Caridad. Salido de las clases menesterosas, conocía sus necesidades, que él muchas veces había experimentado, y se compadecía de ellas. Solía decir con frecuencia que «solo la Caridad puede salvar al mundo», y en sus discursos y conversaciones acostumbraba a tratar muchas veces de la obligación que tienen los ricos de socorrer a los pobres, desprendiéndose, por lo menos, de los bienes supérfluos; verdadera y práctica democracia cristiana, elevada y

santificada por un motivo sobrenatural.

Son innumerables las anécdotas que se recuerdan, y pintan al vivo la caridad y desasimiento del coadjutor de Tómbolo y párroco de Salzano; mencionaremos algunas. Afirma un testigo presencial que no tenía nada suyo. Vestía lo preciso para ir cubierto, comía lo indispensable para vivir, y lo demás dábalo a los pobres. Cuéntase que los días de bautizo y funerales, los mendigos le esperaban a la salida de la iglesia, donde solía repartir entre ellos cuanto percibía por el ejercicio de su ministerio. En vista de éstos y otros muchos actos de celo y de virtud, su buen párroco y protector Sr. Constantini solía decir en son de profecía que D. Bepi «llegaría a gastar medias encarnadas, y quién sabe si algo más».

Siendo párroco de Salzano le acaecieron dos episodios que no queremos omitir, porque ellos nos muestran la

ternura de su corazón. El primero lo refiere una de sus hermanas con las siguientes palabras: «Un día había preparado para comer un buen cocido. Estando yo fuera de casa pidieronle a mi hermano limosna para una pobre enferma; él carecía de dinero; sin hablar palabra va a la cocina, toma el cocido y lo entrega para aquella infortunada. Llegada la hora de la comida voy a servirla y me encuentro que no hay en el fogón más que unas zanahorias. Corro asustada a mi hermano para preguntarle si había visto entrar en la cocina a los perros de los cazadores venidos aquella mañana. El se echa a reír y responde:—Anda allá, que el Señor cuidará otra vez de nosotros.—Aquel día no comimos sino pan y queso». El otro no es menos edificante. Veamos como le cuenta el mismo que le presencié: «El día que yo llegué a predicar la cuaresma a Salzano, me fijé que en un patio próximo a la

glesia tenía D. José una regular pila de leña, que era su única provisión de combustible para el invierno. El segundo día observé que había disminuído bastante; el tercer día estaba reducido a la mitad y pocos días después había desaparecido por completo. Entonces le pregunté: ¿Qué ha hecho V. de la leña, la ha vendido? No, replicó él, se la he dado a los pobres: ¡sufren tanto frío! Pero ¿cómo se va a arreglar V., le repliqué. Es muy sencillo—respondió con la mayor naturalidad—me pasaré sin ello». En 1871 vendió un caballito que tenía para sus viajes, y repartió su importe entre los pobres. Si acertaba a llegar algún mendigo estando él solo en casa, no había ningún mueble ni objeto seguro, pues a falta de dinero o comestibles le daba lo primero que encontraba para que lo vendiese y se remediase con su valor. En varias ocasiones empeñó el reloj, y vivió siempre con la mayor estrechez, por

socorrer la indigencia. Pero cuando se desbordó su caridad fué en 1873, fecha en que el cólera asoló el Véneto. Emulo de las virtudes de S. Carlos Borromeo, el párroco Sarto, no se apartaba ni de día ni de noche de la cabecera de los moribundos; socorría espiritual y corporalmente a los apesadados, y enterraba con sus propias manos los cadáveres abandonados hasta de sus propias familias. No es, pues, de extrañar que en vista de una virtud tan heroica, sus feligreses le llamasen el Padre de los Pobres y el más santo de los sacerdotes.

Otras virtudes, inicia-
tivas y recompensas.

A pesar de lo apacible de su condición no toleraba que en su presencia se permitiese nadie la libertad de proferir palabras injuriosas a la divina **Majestad**. Refiérese a este propósito

que, como en cierta ocasión un mozo lanzase horribles blasfemias, de improviso sintió su boca sellada con un sonoro bofetón. Era D. Bepi que le oyó casualmente y quiso darle de este modo una provechosa lección de cristiana urbanidad.

Las inagotables energías de este celoso pastor, no se concretaron a la acción pastoral, sino que descendió también al terreno social. Siendo coadjutor de Tómbolo abrió una escuela nocturna para los pobres, trabajando con sus propias manos los bancos de la misma, por carecer de los recursos necesarios para comprarlos. En el pueblo de Salzano mediaba en las diferencias que se suscitaban entre patronos y obreros, cabiéndole la gloria de haber sido en aquellos lejanos días el fundador y promotor de las primeras Cajas rurales que funcionaron en Italia. De este modo se iba esbozando gradualmente la figura del gran Papa del Catecismo y de la Acción social.

Su inagotable liberalidad y las deudas que por esta causa había contraído, reclamaron la intervención de su prelado, Mons. Zinelli, quien le nombró canónigo de Treviso en 1875, para premiar de este modo sus virtudes y proporcionarle recursos con que satisfacer a sus acreedores. Posteriormente fué nombrado Rector y Director espiritual del Seminario, Secretario de Cámara, Vicario general, y a la muerte de Mons. Zinelli mereció ser elegido Vicario capitular, sede vacante, cargo que desempeñó con singular acierto, dando pruebas de sus excepcionales dotes de gobierno. Cuando en 1880 se dirigió a Roma su nuevo obispo Mons. Callegari para recibir en ella su consagración episcopal, le llevó en su compañía, al cual, como especial favor, le pidió que le alcanzase una audiencia privada del Padre Santo. ¡Qué poco sospecharía León XIII que aquel humilde canónigo que estaba arrodillado a sus pies le sucede-

ría en el Trono Apostólico! ¡Quién hubiera dicho a Mons. Callegari que su Vicario general le investiría algunos años después con la púrpura cardenalicia en el primer Consistorio de su glorioso Pontificado!

Lo que puede un

Prelado santo.

Accediendo León XIII a las calurosas recomendaciones de Mons. Callegari y a las apremiantes instancias del Cardenal Parochi, preconizó al piadoso canónigo de Treviso, José Sarto, obispo de Mantua, en el Consistorio del 10 de Noviembre de 1884. Su nombramiento fué recibido con aplauso universal, pero él, al tener conocimiento de su encumbramiento, se llenó de consternación, exponiendo con amargas lágrimas su indignidad, y sólo cuando su Obispo le dijo, mostrándole un Crucifijo: «Ved como

el Señor nos ha amado; siendo obediente hasta la muerte», se sometió a la voluntad de Dios manifestada por la de su Vicario, no sin exclamar suspirando: *Anca questa me doveva capitar!*

Pocos días antes de partir para Roma, donde pensaba recibir la consagración, se dirigió a Padua con el fin de visitar a su protector y amigo íntimo Mons. Callegari. En esta ocasión le sucedió un caso muy gracioso que él gustaba de referir, y que por retratar al vivo su humildad y la dulzura de su carácter le insertamos aquí. Tan pronto como llegó a Padua se encaminó a una iglesia para decir la Santa Misa. El rector de la iglesia, al ver a un sacerdote tan pobremente vestido y sin el *celebret* de su Prelado, entró en sospechas de él, y antes de autorizarle para celebrar le sometió al siguiente interrogatorio: «¿De qué diócesis es V.?—De Treviso.—¿Qué hace V. en Treviso?—Nada.—¿Cómo,

nada? ¿No es V. párroco, coadjutor, capellán?...—No señor.—Me extraña que con la escasez de clero que hay en Treviso no tengáis ninguna ocupación.—Pues esa es la verdad.—¿Quiere V. que le recomiende al Obispo? Le conozco mucho; viene aquí con frecuencia. He sabido que acaban de nombrar a su Vicario general Obispo de Mantua.—Mucho se lo agradecería a V.» Con esto le permitió celebrar, mas no sin encargarle al sacristán que le vigilase atentamente, el cual quedó encantado de la devoción y piedad con que ofrecía el santo sacrificio, y así hubo de manifestárselo al solícito rector, con lo que éste recobró su tranquilidad. Cuando la perdió completamente fué al leer en el registro de los celebrantes extradiocesanos lo que había escrito el desconocido, y que decía: «José Sarto, Obispo electo de Mantua».

El día 23 de Noviembre del año 1884 fué consagrado en la iglesia de

San Apolinar por el Cardenal Parochi, asistido de dos predecesores suyos en la diócesis de Mantua, monseñores Rota y Berengo. Por la tarde le recibió Su Santidad León XIII, regalándole una rica cruz pectoral y el *Pontifical Romano* en cinco lujosos tomos. En 18 de Abril de 1885 hizo su entrada solemne en la capital de su sede, siendo objeto de un entusiasta recibimiento. «Si la diócesis de Mantua no ama a su nuevo Pastor—había dicho el Papa reinante—probará que no es capaz de amar a ninguno, pues él es el más digno y más amable de todos los Obispos». Bien necesitaba en aquellas circunstancias la patria del cisne de los poetas latinos un obispo de la prudencia y virtudes de Mons. Sarto; pues su estado en el orden religioso no podía ser más lamentable. El clero, en lo material, yacía en la miseria, necesitando muchos sacerdotes mendigar para no morir de hambre; en cuanto a la mo-

ralidad dejaban mucho que desear, y mientras unos vegetaban en la más crasa ignorancia, otros abrazaban las teorías rosminianas, o bien, como el canónigo Ardiño, abjuraban de la fe católica y caían en el positivismo. Los Canónigos no asistían al coro, los Párrocos no predicaban, el Seminario estaba arruinado y el pueblo era presa de la masonería. Gracias al celo, a la prudencia y caridad del piadosísimo Prelado, en breve cambió todo de aspecto. Comenzó la reforma por el Santuario. Los sacerdotes que se llegaban a él arrepentidos, por grandes que hubieran sido sus yerros, encontraban siempre a un padre misericordioso; pero los que perseveraban en sus extravíos sentían todo el peso de su justicia. Para que estas conversiones fueran más duraderas, ordenó, bajo pena de suspensión, que todos los clérigos practicasen una vez al año los ejercicios espirituales. El Sínodo diocesano de 1888 acabó de

encauzar al Clero por las sendas de la virtud y del cumplimiento de sus sagrados deberes. Para levantar el Seminario y ponerle en estado de formar sacerdotes piadosos e ilustrados, le visitaba a diario, lo ordenaba todo con la mayor prudencia, dirigía pláticas llenas de unción a los alumnos, asistía frecuentemente a las clases, suplía a los profesores enfermos o ausentes y restauró los estudios de Santo Tomas, regalando la *Summa* a los seminaristas pobres que no podían adquirirla.

Para sacar a los fieles de las garras de la masonería y conquistarlos para Jesucristo, echó mano de todos los medios que le proporcionaron su caridad, su amplia cultura, su prodigiosa actividad y las extraordinarias dotes de gobierno y organización que le adornaban. Obligó a los Párrocos y coadjutores a explicar el Catecismo Tridentino, en diversas ocasiones y multitud de formas, y estableció la ca-

tequesis, las conferencias pastorales y discusiones públicas, con lo cual hizo imposible la ignorancia religiosa. Visitaba casi a diario los hospitales, pasaba largas horas en el confesonario, fomentó la Comunión frecuente, que administraba por su mano, habló en multitud de reuniones y comicios, multiplicó las Cajas rurales y cuantas instituciones mejoran la condición del obrero, llevando a la práctica las hermosas teorías expuestas en la magna Encíclica *Rerum novarum*, con lo cual reportó señalados triunfos sobre la democracia socialista. De este modo, en el corto espacio de nueve años, consiguió transformar de tal modo la diócesis, que al ser elevado al Patriarcado de Venecia, era una de las más piadosas de Italia, y su Clero, de lo más ilustrado y virtuoso de la Iglesia. Muy bien se cumplió lo que dijo al síndico de la ciudad al ofrecérsele como «ministro de una religión que tiene por bandera el vexilo de la paz,

y por norma la ley de la caridad», que «el nuevo Obispo, pobre de todo, mas rico de amor, no llevaba otras miras que las de procurar la salvación de las almas y hacer de todos los fieles una gran familia de hermanos».

Camino del Cardenalato.

La fama del humilde obispo de Mantua, de su amabilidad mezclada de energía, de su inagotable caridad y de su asombroso celo y actividad apostólicos, llegaron a las cumbres del Vaticano, y como a un Pontífice tan avisado como León XIII no se le podía ocultar la utilidad que reportaría la Iglesia de que fuese agregado al Colegio Cardenalicio un Prelado de las virtudes, celo y talentos de Mons. Sarto, en el Consistorio del 12 de Junio de 1893 le creó Cardenal presbítero del título de San Bernardo, y en el Consistorio del 15 del mis-

mo mes y año le preconizó Patriarca de Venecia. Tan grande era la pobreza a que le había reducido su largueza en hacer limosnas, que no tenía dinero para comprar los hábitos de su altísima dignidad. Cuando mayores eran sus apuros, Dios tocó el corazón de una persona caritativa, para que le proporcionase los recursos necesarios, con los cuales Su Eminencia compró los que había dejado su antecesor, aunque estaban algo deteriorados; pues no consintió que se los hicieran nuevos, pareciéndole esto un gasto superfluo.

El 21 de Junio tomó posesión de su iglesia titular de San Bernardo, pronunciando un sermón sobre la *renovación de todas las cosas en Cristo*, que llamó mucho la atención y fué muy comentado. Hasta el 24 de Abril de 1894 no pudo tomar posesión de su nueva diócesis, pues el rey Humberto I, que se arrogaba los mismos derechos de Patronato ejercidos por

la antigua república veneciana, y luego por el Imperio austriaco, se negaba a conceder el *exequatur*. Vencidas, por fin, todas las dificultades, hizo su entrada solemne en la perla del Adriático, dispensándole el pueblo un entusiasta y vibrante recibimiento. El Cardenal Sarto observó en Venecia el mismo tenor de vida que siendo Obispo de Mantua o párroco de Salzano, si bien sus virtudes y talentos se hicieron notar más, por ser más ancho su campo de acción y mayores las luchas políticas que tuvo que sostener. La ciudad de las lagunas le confirmó el título de «Buen Pastor» que le impusieron sus ovejas de la *urbs turrata*, como llamaron los antiguos romanos a la capital de su primer obispado.

Pedro en Cadenas.

El día primero de Agosto de 1903, los Cardenales, en número de sesenta

y dos, se congregaron en la Capilla Sixtina para proceder a la elección del sucesor de León XIII en la Catedral de San Pedro. En la mañana del 4 de Agosto, y a pesar de sus lágrimas, súplicas y protestas, obtuvo cincuenta votos el Patriarca de Venecia, quedando de este modo elegido canónicamente para tan alta dignidad, la cual admitió con grandísima repugnancia, y tan sólo como cruz. Cuéntase que al partir de Venecia para el Cónclave, el pueblo veneciano, que presentía que no volvería a ver a su amadísimo Pastor, le hizo objeto de una despedida indescriptible y llena de manifestaciones de veneración y afecto. El, para consolar a sus hijos, les dijo con ternura. «Tened ánimos; pondremos pronto a Pedro en cadenas y volveré en seguida».

Pedro fué puesto en cadenas; pero, afortunadamente, el Cardenal Sarto no volvió a Venecia.

Vida íntima de Pío X.

Los antiguos romanos solían decir que *honores mutant mores*; pero este refrán se vió desmentido por el venerable Pontífice, cuya santa vida bosquejamos. La misma sencillez, frugalidad y orden en sus obras cotidianas, observó en el Vaticano que cuando servía las humildes parroquias de Tómbolo y Salzano: por algo dijo él, con frase afortunada, que deseaba ser el Párroco del mundo. Para demostrar la exactitud de estas afirmaciones vamos a referir brevemente y con toda fidelidad la pauta de vida que observaba.

Su Santidad Pío X era de aquellos que en frase veneciana, ven en el estío la aurora, y en el invierno la esperan con luz. Cuando su ayuda de cámara, el joven Sile, entraba en el dormitorio del Papa a las cinco y media de la mañana, ya le encontraba

levantado casi todos los días. Se dirigía luego al pequeño oratorio que se instaló frente a la ventana de la cámara pontificia el día siguiente a su elección, donde arrodillado sobre un modesto reclinatorio de nogal, cubierto con un tapete rojo, hacía oración mental por espacio de una hora, rezando a continuación las horas menores. Después celebraba la santa Misa, y en acción de gracias oía de rodillas otra de uno de sus capellanes. Terminada ésta salía a la antecámara, donde, de ordinario, recibía a los presentes, dirigiéndoles palabras de consuelo y aliento. Tras esto, desayunábase con una taza de café con leche, paseaba una media hora por los jardines del Vaticano, y a las ocho subía a su oficina, donde hasta las diez despachaba con sus secretarios, teniendo entonces lugar las audiencias oficiales. A las doce comía muy frugalmente, pues su comida constaba de sopa, un principio, legumbres,

fruta y café. Acabada la comida, bajaba a dar un paseo por los jardines, hablando familiarmente con los guardias nobles que le escoltaban. De dos a cinco se encerraba en sus habitaciones, entregándose al descanso, a la oración y a los rezos. Al anocheecer despachaba el correo con sus secretarios, concedía audiencias oficiales hasta las ocho, en que cenaba frugalmente, haciéndose leer durante la cena un libro piadoso, que ordinariamente era la *Imitación de Cristo*. A las nueve recibía a sus familiares, departiendo con ellos hasta las diez sobre proyectos de buenas obras, y a esta hora se retiraba a su alcoba para rezar el rosario y reposar en una sencilla cama de hierro.

Fecundidad de su Pontificado.

La obra gigantesca de renovación universal emprendida por Pío X, bastaría para inmortalizar, no ya un rei-

nado tan breve como el suyo, si se compara la duración con sus empresas, sino varios pontificados. Por el celo y eficacia de su acción pastoral, puede compararse a San Pío V; por su acción legislativa y los esfuerzos realizados para codificar el Derecho Canónico, iguala al pontificado de Gregorio IX; las luchas que sostuvo por la libertad de la Iglesia contra el jacobinismo francés, los carbonarios portugueses y los demócratas españoles, nos trasladaron a los tiempos heroicos de San Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII, que con igual celo defendieron los derechos del Sacerdocio contra las intromisiones del Imperio; por su obra doctrinal descuella sobre Gregorio XVI y Pío IX, y por el impulso que ha dado a las obras sociales, tan sólo es comparable a León XIII. Un centenar de Constituciones y Letras Apostólicas, además de numerosas disposiciones, decretos, respuestas, etc., dan testimo-

nio de la fecundidad de su Pontificado, que ocupará muchas páginas en la Historia de la Iglesia.

Tal es, en suma, la vida realmente santa y edificante del gran Pontífice, que durante once años ha dirigido con singular acierto la navecilla de San Pedro, realizando desde la cumbre del Vaticano lo que constituyó el ideal de su vida: la restauración de todas las cosas en Cristo. Otros muchos episodios admirables de su vida hubiéramos podido incluir en esta biografía; pero baste lo dicho para rendirle el tributo de agradecimiento de que le es deudora la Reforma Teresiana por la predilección que siempre le profesó y los señalados favores con que se dignó distinguirla, entre los cuales merece especial mención la siguiente honrosa y hermosísima Carta, en la que tan bien supo cristalizar su amor a la Descalzed Carmelitana, y su ferviente devoción hacia la Doctora Seráfica del Carmelo.



Voz de lo Alto



**Medio eficaz de res-
tauración cristiana.**

Desde el momento en que la bondad divina se dignó elevar a Nuestra humilde persona a la sublime cumbre del Pontificado, Nos consideramos como un deber sagrado del ministerio Apostólico, el aprovechar con la mayor diligencia todas cuantas ocasiones se nos ofreciesen para ensalzar a los hijos más ilustres de la Santa Iglesia, y que más se distinguieron por el esplendor de sus virtudes, por la aureola de su doctrina y por la fama nunca empañada de sus hechos gloriosos. Siendo cosa probada que

para mover los espíritus valen más los ejemplos que las palabras, Nos estamos íntimamente persuadidos que para lograr el fin que perseguimos de restaurar todas las cosas en Cristo, serán más eficaces que Nuestras exhortaciones, los hechos preclaros de aquellos héroes, que siguiendo de cerca a Jesucristo Nuestro Señor, supieron grabar en sí mismos la imagen de santidad de tan divino modelo. Por esta razón, al celebrarse las fiestas seculares de San Gregorio Magno, San Juan Crisóstomo y San Anselmo de Aosta, dirigimos al orbe católico Nuestras cartas encíclicas, ponderando en ellas sus glorias, y con idéntico fin recordábamos no ha mucho la vida y virtudes de San Carlos Borromeo, en el siglo tercero de su canonicación.

La Iglesia y el Centenario.

Ahora bien, amados hijos, en el próximo mes de Abril celebrará vuestra ínclita Orden una fiesta semejante, pues en él se cumplirán trescientos años desde que Nuestro predecesor Paulo V honró con el título de Beata a vuestra legisladora y Madre Santa Teresa de Jesús, por lo cual, según Nos han comunicado, acordasteis en vuestro último Capítulo General conmemorar con solemnes funciones religiosas y otras demostraciones de gratitud y alegría, el recuerdo de tan fausto acontecimiento. Con este motivo Nos es grato comunicaros que aprobamos plenamente vuestra resolución y Nos asociamos a ella en nombre de toda la Iglesia. A ello Nos obliga el haber sido la Virgen de Avila honra y prez de todo el orbe católico, y una de las mayores glorias que enaltecen a la Iglesia, puesto que

«el Señor la colmó de espíritu, de sabiduría y entendimiento, y la enriqueció en sumo grado con los tesoros de su gracia, para que su esplendor y claridad brillasen en la Casa de Dios, como estrella en el firmamento, por perpetuas eternidades». (Bull. Canoniz.) Con estas palabras ensalza Gregorio XV a Teresa de Jesús, y con sobrada razón; ya que su doctrina sobre la ciencia de la salvación fué tan eficaz y elevada, que en poco o en nada cede a la de los grandes Padres y Doctores de la Iglesia antes mencionados.

Algunos dones naturales y sobrenaturales de Teresa.

Generosa y pródiga fué con ella la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial magisterio de la santa doctrina que había de enseñar. Dotada de singular penetra-

ción de espíritu, grandeza de ánimo, bondad de corazón, energía de carácter, admirable sentido práctico en sus relaciones sociales y gran destreza en el manejo de los negocios, junto con una índole apacible y muy discretas y gentiles formas, lograba conquistarse con fuerza irresistible todas las voluntades. Pero mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma. Muchos y muy preclaros varones honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por lo cual, no sin razón, fueron llamados época de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España; pues bien, Santa Teresa reunió en sí las grandes virtudes y los ricos carismas de aquellos hombres insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado.

Su fe y altísimo
conocimiento de
las cosas divinas.

No hace a nuestro propósito estudiar minuciosamente todos los dones de naturaleza y de gracia que brillaron en ella; pero no estará de más, amados hijos, que recordemos algunas de sus virtudes más necesarias en nuestro siglo, para que las meditéis atentamente y se las mostréis al pueblo cristiano.

Así pues, ya que en nuestros días se olvidan temerariamente y hasta se desprecian con obstinación todas las verdades que pasan los límites de la razón humana y salen de la reducida esfera del orden natural, bueno será recordar la fe incommovible de Teresa. Siendo esta virtud *la substancia de las cosas que se esperan*, y como la raíz de la vida celestial y divina en el

hombre, y el fundamento que sirve de base a todo el edificio de la perfección cristiana, ella animó siempre el espíritu de Teresa y dirigía todos sus proyectos, palabras y acciones. Sumisa en todo instante al magisterio de la Iglesia, nadie se adhirió con más firmeza a sus enseñanzas; por lo cual, ni las falacias de los herejes ni la astucia del diablo la hicieron jamás titubear, siendo, por el contrario, tan firme su fe, que no dudó en escribir, que aunque un ángel le revelase o una voz del cielo le anunciara alguna cosa menos conforme con la doctrina de la Iglesia, no haría el menor caso de ella. Por eso se gozaba en repetir, que daría mil veces la vida por la menor verdad de la fe. Nada había para ella tan cierto como los dogmas cristianos, los cuales eran admitidos por Teresa con tanto mayor fervor, cuanto más impenetrables son a la razón humana.

De aquí que cuando se acercaba a

recibir el augusto Sacramento, se hallaba tan engolfada en la contemplación de tan gran misterio, que, como dice Nuestro ya citado predecesor: «veía tan clara y distintamente con los ojos del entendimiento el cuerpo de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, que no dudó en afirmar que no tenía por qué envidiar a los que vieron al Señor con los ojos corporales». (Bull. Can.)

Con la firmeza de su fe mereció llegar en el conocimiento de los altísimos arcanos de Dios, hasta donde es dable llegar a la inteligencia humana, por lo cual los explicó con tanta precisión y claridad, que no anduvieron desacertados sus directores espirituales, cuando la compararon a Moisés, que conversaba familiarmente con Dios y le veía cara a cara.

Espíritu evangélico de Teresa.

¿Y quién ignora con cuánto ardor ansiaba que todos los hombres participasen del don precioso de la fe? Siendo niña todavía se puso en camino para el Africa, ganosa de atraer al fiero moghreb a la fe de Cristo o dar su vida por ella (Himno del Brev.) Habiéndose frustrado sus nobles intentos, lloró compasiva mientras vivió la desdichada suerte de los paganos y herejes, y miró con santa envidia a los que consagraban su vida a sacar a los hombres de las tinieblas del error y conducirlos a la luz de la verdad y a la práctica de la virtud. Pero como su sexo y el estado de vida que abrazara le impidiesen dedicarse a las funciones propias de ministerio apostólico, revestida con el espíritu de Elías, estableció el apostolado de la *oración* y de la *penitencia*. Animada de tan elevados sentimien-

tos, ya que no podía dedicarse a la propagación de la fe, resolvió consagrar su preciosa vida a la observancia perfecta de los consejos evangélicos, convencida de que sus oraciones por el incremento del nombre cristiano y la salvación de las almas, serían tanto más meritorias cuanto estuviesen acompañadas de mayor inocencia y santidad de vida. Prueba es también del grande interés que se tomaba por la conservación y difusión de las enseñanzas cristianas, el grande aprecio que hacía del Catecismo, el cual deseaba que fuese el libro predilecto de sus hijas, y el que leyesen con más frecuencia.

Devoción de la Santa a la
Humanidad de Jesucristo.

Es igualmente glorioso para Teresa y muy digno de particular mención en estos tiempos de indiferencia religiosa, la tierna devoción que tuvo

siempre a Nuestro Señor Jesucristo. Da pena y contrista el ánimo ver cómo se olvidan hoy aquellas palabras de Jesucristo, con las que nos enseñó la senda que hemos de seguir para llegar a Dios: «Yo soy el camino, la verdad y la vida, ninguno llegará al Padre sino por mí». Esta admirable sentencia, tan olvidada de los antiguos *quietistas* como de los innovadores modernos, echó hondas raíces en el corazón de Teresa. Por eso atribuía a Jesucristo cuantos beneficios recibía de la mano de Dios; de Cristo esperaba todos los bienes, y a Cristo tenía por el mejor maestro, así para progresar en la perfección cristiana, como para subir los grados de la divina contemplación, reputando felices a los que abundaban en este sentir, y desgraciados y faltos de fe a los que pensaban de otro modo. Estos sentimientos que abrigaba en su mente se traducían perfectamente a la vida práctica de Teresa; de aquí aquel su cons-

tante anhelo de conformar sus actos y su vida entera a los actos y vida de Jesucristo, y de trasformarse en una imagen perfecta del Redentor, por lo cual pudo exclamar con el Apóstol: «Mi vivir es Cristo, y el morir mi galardón». (Joan. XVI, 6).

Matrimonio místico de
Jesús con Teresa.

Aleccionada por tan divino Maestro y teniendo siempre a la vista un ejemplar tan perfecto de santidad, pronto consiguió romper todos los lazos de las aficiones terrenas, purgar su alma de las menores manchas y engolfarse en la práctica de las virtudes más excelsas. Así es como Teresa llegó a identificarse de tal modo con el Señor, que experimentaba en sí misma y sentía como propios los trabajos, sufrimientos y cuidados que Cristo padeció en su vida mortal, junto con los gozos y consuelos que ale-

graron su corazón. Como la caridad que inflamaba su alma iluminaba también su inteligencia con divinas ilustraciones, pudo elevarse del conocimiento de las perfecciones humanas de Cristo a la más subida contemplación de los misterios del Verbo, en el cual se le descubrieron los más profundos arcanos de la Trinidad augusta, y hasta mereció escuchar de labios del Hijo de Dios: «En adelante velarás por mi honor cual verdadera esposa; yo soy todo tuyo y tu eres toda mía». (Bull. Can.)

Huelga decir con cuánta fidelidad guardó Teresa las obligaciones que le imponía este pacto nupcial; pues si antes de recibir tan señalado favor buscaba con tanto afán la gloria de Jesucristo, desde aquel feliz momento no vivió ya para sí, toda fué para Cristo. Lo que no dejaremos de notar es la conducta que observó, cada día más solícita por la gloria de su Esposo, con las dos obras principales que

brotaron de la caridad infinita de Jesús, y que por haberlas instituido hacia el fin de su vida o en aquellos solemnes momentos en que se inmortalaba por nosotros en la cruz, deben ser objeto predilecto del amor de todo cristiano fervoroso: Nos referimos a la Eucaristía y a la Iglesia.

Amor de Teresa al Amor
de los amores.

¿Quién supo jamás ensalzar con tan elevados conceptos ni cantar en tonos tan delicados la bondad y sabiduría de Dios que resplandecen en la institución de este admirable Sacramento, el que satisfizo a su caridad inmensa, acomodándose a nuestra pequeñez y perpetuó el sacrificio cruento de la cruz, con el cual rescató al género humano? ¿Quién deseó con más ardor recibir el Pan de los Angeles? En un tiempo en que ni aun las almas piadosas frecuentaban la sagrada mesa,

Teresa se acercaba diariamente a ella, y con tales ansias lo hacía, que ninguna fuerza hubiera sido capaz de impedirselo y hasta hubiera pasado por entre lanzas para recibir el divino Manjar. ¿Quién sintió con tanta viveza como ella la indiferencia e impiedad de los hombres para con este Sacramento? ¿Quién procuró con tanto afán desagraviar al buen Jesús de las ofensas que recibe en este sacramento de inmensa caridad? No contenta con derramar su alma generosa en el tabernáculo, busca la compañía de sus hijas, instándolas constantemente a que se ejercitasen con toda la intensidad de sus corazones, en esta obra de reparación. Aún más, en un transporte de intenso dolor, a vista de tanta ingratitude, dirige a Dios Padre fervorosa oración, suplicándole que, o ponga fin a tamaña perfidia o decrete sin tardanza el fin del mundo.

La hija más fiel de la Iglesia.

¿Y cómo expresar el tierno amor que profesaba a la que es madre común de los cristianos, ella, que tenía por imposible que pueda amar a Dios de verdad el que a la vez no se interesa por el honor de Jesucristo y por la gloria de su regalada Esposa? ¡Qué respeto y amor de hija devotísima de la Iglesia a todo lo que con ella se relaciona! ¡Con qué alabanzas ensalza la potestad que Cristo se dignó otorgar a la Iglesia! Cosa admirable, que una mujer enriquecida con los dones más preciosos del Espíritu Santo, y acostumbrada al trato familiar con la divina Majestad, haga tan alto aprecio de los signos sagrados llamados sacramentales, que por ellos y por la menor ceremonia de la Iglesia estuviera dispuesta a dar mil veces la vida. Y no se limitaba su amor a la Iglesia a estas expansiones devotas

de su corazón; pues dotada de sagaz ingenio y llena de ciencia infusa, comprendía perfectamente que los triunfos y derrotas de la Iglesia dependían en gran parte de la conducta que observaban sus ministros, y que uno sólo de éstos, hecho a medida del corazón de Dios, contribuiría más a la salvación de las almas, que muchos faltos de espíritu sacerdotal. Por esta razón, al mismo tiempo que lloraba con amargura las calamidades que afligían a la Iglesia y la pérdida de tantas almas, maceraba su inocente cuerpo con todo género de austeridades, y hacia violencia al Cielo para que deparase a la Iglesia gran número de sacerdotes no menos virtuosos que instruídos, los cuales, de tal modo entendiesen en la salvación de los demás, que no sufriera detrimento la propia.

La mujer fuerte y su obra.

Pero siendo condición propia de la caridad el hacer sentir su benéfica influencia a todas las personas y por todos los medios imaginables, no se contentó Teresa con inmolarse ella sola por el bien de las almas, sino que buscó quien la ayudase y en quien pudiera perpetuar su vida de oración, sacrificio y celo por la salvación del prójimo. «Después de haber vencido y triunfado de su carne con perpetua virginidad, y del mundo con admirable humildad, y de todas las asechanzas y lazos del demonio con grandes y exuberantes virtudes, abatiendo y desechando de sí las cosas grandes, y habiendo excedido y sobrepujado con grande valor y fortaleza de ánimo la naturaleza femenil, mostrándose vencedora, se pertrechó, y fortaleció su brazo, y formó en su ánimo ejércitos y escuadrones valientes y fuertes, pa-

ra que pelearan con gran denuedo, fortaleza y valor por la Casa del Dios de Sabaoth y por su ley y por el cumplimiento de sus mandatos, con las armas espirituales de todas las virtudes». (Bull. Can.) Revestida, en efecto, con el doble espíritu de Elías, y uniéndose providencialmente en común aspiración con vuestro extático padre San Juan, emprendió la reforma de la Orden ilustre a que pertenecía por su profesión. Empresa gigante y de difícil realización, la cual, sin embargo, llevó a cabo con una rapidez que nadie hubiera imaginado. Merced a los trabajos y desvelos de Teresa, admiró entonces el siglo a una multitud de almas escogidas, que se retiraban del bullicio de la vida mundana a la soledad y al trato continuo con Dios; émulos dignos de los antiguos anacoretas del Carmelo y de la Tebaida, que suavizaban las austeridades corporales con las delicias de la celeste contemplación, y que solíci-

tos a la vez que de su perfeccionamiento del bien del prójimo, anhelaban hacerles participantes de los bienes eternos por ellos contemplados, quiénes con el apostolado de la penitencia y de la oración, de que hemos hablado, quiénes con los oficios propios del ministerio sacerdotal, celosa y dignamente desempeñado.

El Papa y la Reforma
Carmelitana.

Muchos años hace, amados hijos, que conocimos y tratamos íntima y familiarmente a vuestra Orden, por lo cual sabemos muy bien cuánto estimáis las virtudes de vuestros mayores, y, sobre todo, cuán adheridos estáis al espíritu de Teresa. Por eso aprovechamos gustosos esta ocasión para testimoniar públicamente el particular amor con que distinguimos tanto a las hijas como a los hijos de Madre tan insigne. Nunca se alabará

lo bastante el género de vida de esas religiosas, que prefiriendo la desnudez de la Cruz a las riquezas, honras y delicias del mundo, y felices en el silencio de su retiro, se inmolan a Dios como víctimas inocentes consumidas por el fuego de la caridad en aras de la penitencia cristiana, y, aunque separadas del siglo, ni de día ni de noche cesan de rogar por él. Ni son menos dignos de aplauso esos varones religiosos, que de tal modo se entregan a la divina contemplación, que no por ello descuidan la vida activa; antes bien, distribuyendo ordenada y metódicamente el tiempo entre ambas vidas, difunden al exterior el buen olor de Cristo que conciben en el retiro del claustro con el constante ejercicio de las virtudes monásticas. Estimad, pues, amados hijos, y perseverad en esta doble vida de contemplación y acción en la forma y del modo que os la trazaron vuestros Padres, y procurad que flo-

rezca siempre y aumente cada día entre vosotros. Esto habéis de procurar con tanto más fervor, cuanto que hoy más que nunca hacen falta en la Iglesia ministros que se distinguan por su íntima unión con Dios, y por su activa caridad para con los hombres; de este modo seréis tales cuales los quería la gran Madre Teresa.

Sus celestiales escritos.

Ya que el amor a la novedad que hoy priva en demasía ha penetrado hasta en el campo de la ascética y de la mística cristianas, bien se echa de ver cuánto importa mantener religiosamente lo que enseñó Teresa sobre estas materias. Puesto que «el Omnipotente la colmó de espíritu de inteligencia divina, para que no solamente diera y dejara ejemplos y dechados de buenas obras en la Iglesia de Dios, sino que esparciera también y la ilustrara con los rocíos de la celestial sa-

biduría, escribiendo tantos libros de Mística Teología y otros llenos de piedad, de los cuales el entendimiento y el espíritu de los fieles perciben y sacan abundantísimos frutos para el alma, y con ellos son encendidos, elevados y guiados a la patria celestial». (Bull. Canoniz.) Cuantos leyeren devotamente sus escritos, hallarán, sin duda, en ellos los documentos que necesitan para acomodar su vida a las normas de una verdadera santidad. En ellos expone esta gran Maestra de la piedad cristiana las vías de la perfección desde sus comienzos hasta lo más encumbrado de la misma. Allí propone los medios más adecuados, ya sea para corregir los vicios, ya para dominar las pasiones y purgar el alma de las manchas del pecado. Allí, por fin, hallará el lector los más eficaces estímulos para abrazarse resueltamente con la virtud. Y no sólo llama la atención el conocimiento perfecto de las cosas divinas

que manifiesta al explicar todas estas materias, sino también aquella penetración y clarividencia de los secretos y complicados movimientos del corazón humano de que da pruebas evidentes. Este profundo conocimiento de las humanas flaquezas, que conmovía hondamente su tierno pecho junto con la compasiva y ardiente caridad que reinaba en su alma, comunicaban a los escritos de Teresa, aquella eficacia, ese suave atractivo que tan dulcemente cautiva al lector, y que con tanta donosura describió Nuestro predecesor León XIII, de feliz memoria, con estas palabras: «Hay en los escritos de Teresa cierta virtud, más bien celestial que humana, maravillosamente eficaz para promover la enmienda de la vida, de modo que de su lectura sacarán ópimos frutos, no solamente los que se ocupan en la dirección de las almas y los que aspiran a una santidad eminente, sino también todos aquellos que aprecian en algo

la virtud cristiana y trabajan algún tanto en el negocio de su salvación». (Epis. ad M. Bouix e S. J., die 17 Martii 1883).

Doctorado místico de
la Seráfica Madre.

Por lo tocante a la teología mística, camina con tanta libertad por las supremas regiones del espíritu, que se diría vive en ellas como en su propio reino. No hay secreto en esta ciencia que la Santa no haya escudriñado profundamente, pues discuriendo por todos los grados de la contemplación remonta el vuelo tan alto, que no es posible lleguen a comprenderla los que no han experimentado estas divinas operaciones del alma. Y a pesar de esto, nada enseña que no esté rigurosamente conforme con la más sana teología católica, exponiendo sus doctrinas con tanta sencillez y claridad, que ya en su

tiempo era la admiración de los más insignes doctores, quienes no llegaban a comprender cómo pudo esta virgen reducir con tanta maestría y elegancia a un cuerpo de doctrina lo que sin orden y confusamente enseñaron los Padres de la Iglesia. Aun hay más, teniendo en cuenta los errores de este siglo sobre estas materias, Nos ha parecido muy digno de notarse que Teresa no sólo distingue perfectamente lo que hay de humano y de divino en los movimientos místicos del alma y señala oportunamente los actos que en ellos pertenecen a la inteligencia y a la voluntad, sino que también exige que vayan acompañados con el ejercicio y práctica de las virtudes. Enseña que cada uno de los grados de la oración debe ser como un escalón de la perfección cristiana, que el medio más apropiado para conocer los quilates de la oración y los progresos que en ella se hacen, es el examen minu-

cioso de los adelantos que se han hecho en el fiel cumplimiento de las obligaciones propias de cada uno y en la reforma de la vida, y, por fin, que cuanto más se une una alma en transportes místicos con Dios, tanto más ardiente debe ser su caridad para con el prójimo y mayor su celo por la salvación de las almas.

**Teresa de Jesús, Doc-
tora de la Iglesia.**

Quien haya reflexionado acerca de lo que vamos diciendo sobre la excelencia de la doctrina teresiana, comprenderá con cuanta razón han tomado a Teresa por maestra cuantos después de ella han escrito sobre las difíciles materias y cuan justamente concede la Iglesia los honores propios de los Doctores a esta esclarecida Virgen, pidiendo a Dios en la liturgia que «nos sustentemos con el alimento de

su celestial doctrina y recibamos con ella el fervor de una santa devoción». Ojalá que los que se dedican al estudio de la llamada psicología mística no se aparten de las enseñanzas de esta incomparable maestra.

Devoción a la Santa.

Es muy digno de desear que se propague cada día más entre los buenos el conocimiento y la devoción a aquella mujer «que brilló como astro esplendoroso del Carmelo e iluminó a la Iglesia católica con las virtudes de una vida angelical, con documentos de celestial sabiduría y, finalmente, con una escogida familia consagrada a la imitación de tan gran madre y maestra. (León XIII, Epist. ad Ep. Salmanticensem).

Quiera el Señor que estos piadosos deseos del gran Pontífice, cuya pérdida nunca lloraremos lo bastante, y a quien la Santa, siempre agradecida,

ha llevado a terminar su Centenario en el cielo, sean una realidad para gloria de Dios y bien de las almas.

Así sea.













MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IX

Libros publicados por Carmelitas de la Reforma Teresiana.

Número.....	196	1917	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	126		Precio de adquisición.	»
Tabla.....	4		Valoración actual.....	»



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

1911

PHYSICS DEPARTMENT

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911